

Lucio V. Mansilla

ENTRE NOS
CAUSERIES DEL JUEVES



ÍNDICE GENERAL

Prólogo	9
Horfandad sin hache	11
¿Por qué...?	20
Amespil	63
Los siete platos de arroz con leche	68
De cómo el hambre me hizo escritor	86
Anacarsis Lanús	96
El famoso fusilamiento del caballo	103
Juan Patiño	137
Tipos de otro tiempo	144
En las pirámides de Egipto	151
Catherine Necrassoff	164
Bis	178
Raimundo	187
La emboscada	193
La mina	199
¡Esa cabeza toba!	205
La lanza de D. Juan Pablo López	212
Juan Peretti	219
Donde se cuenta lo que no se sabrá	226
Cazuela	235
Frente a las murallas de Montevideo	242
Los cuatro gatos de mi padre	249
La cascada de Amambay	257
Cómo se formaban los caudillos	264
Nuestros grandes conversadores	271
Gato por liebre	278
El sigú	287
La lección del paraguayo Ibáñez	291
En el camino	299
Horror al vacío	308
La calumnia viajera	315
Mi primer duelo	324
Tembecúa	330
La fisonomía	336
Autores, astrónomos y libros para la exportación ...	343
¡Córdoba se va!	357
Humus	362

Goyito	370
El señor Don Pedro	378
Baccará	386
Veinte años después	400
En Venecia	409
Júpiter	418
Limosna y mendicidad	425
El dedo de Rozas	434
Recuerdos de antaño	442
San Martín	450
Contestación a una pregunta	456
Los animales desconocidos	461
¿Es usted paraguayo?	471
Posse	476
Un cañonazo	482
Mi primer robo	490
Allons, enfants de la Patrie	497
Eduardo Dimet	505
El abanico	511
Artimañas de caudillo	519
Dos casos concretos	525
La horma de su zapato	534

Hace tiempo que queríamos llevar a Lucio V. Mansilla a las librerías. A Lucio, el *dandy* de los años '80, el general que visitó a los indios ranqueles, el gran *causeur*... que exige público y atención continua.

No ha sido fácil llevarlo. Para pasearlo no podíamos meterlo en un vehículo cualquiera. Después de mucho buscar conseguimos un Elefante Blanco que nos lleve. Es el mejor de Buenos Aires. Primero se subió tío Lucio con sus manuscritos. Como en la India ya había paseado en elefante, le tomó el gusto enseguida y ahora no se quiere bajar más. Se ha subido también la dueña del elefante, con los colaboradores indispensables para conducirlo. Además de un primo mío, trayendo unas fotos, y yo que no me pierdo esta aventura.

El elefante es noble y fuerte, pero el manuscrito era muy largo y hemos dejado caer algunas hojas. Tiene un castillo enorme en su lomo y se arrodillará para que suba cada lector. Están todos invitados.

Rosine Bemberg

Prólogo

En 1890, año en que fue ascendido a General de División, Lucio V. Mansilla, alentado por el éxito de su obra *Una excursión a los indios ranqueles*, inició la publicación en el diario *Sud América* de su columna *Causeries del Jueves*, bajo el título *Entre Nos*. Si bien el título de la obra, que posteriormente fuera recopilada en cinco tomos (1889-1890), nos recuerda inmediatamente a la obra Sainte-Beuve, y al género que sus *Causeries de los lunes* representan, cabe afirmar que la obra de Mansilla en su forma y, evidentemente, en su contenido, se diferencia notablemente de la obra del célebre crítico francés, acercándonos anécdotas y recuerdos en un modo que resulta particularmente original y especialmente argentino.

Esta curiosa manera de Mansilla de entremezclar sus valiosos recuerdos, por los que desfilan las olvidadas aventuras de la guerra del Paraguay, la siempre extraordinaria figura de su tío, Juan Manuel de Rosas (a quien Mansilla siempre hace alusión utilizando su apellido de nacimiento: Rozas), o los relatos de un viajero incansable, se presenta mostrando, fundamentalmente, un agudísimo sentido del humor y una visión de la Argentina que desafortunadamente ya no existe.

En cierto modo, las *Causeries* de Mansilla permiten vislumbrar un extensísimo período de la historia de nuestro país. El autor ha conocido la gran aldea, aislada del resto del mundo por el férreo control de Rosas, y ha conocido también la Buenos Aires devenida en una de las capitales más pujantes y cosmopolitas del mundo.

Han pasado más de treinta años desde que se imprimió la última edición de *Entre Nos* y se ha convertido en una obra que no resulta fácil hallar en las librerías. Por ese motivo, El Elefante Blanco -contando con la invaluable colaboración de la Sra. María Rosa Bemberg- ha decidido lanzar esta nueva recopilación de algunas de las *Causeries* de Lucio V. Mansilla, para acercar a los argentinos la mirada lúcida y la imperdible conversación de su autor.

EL EDITOR

Horfandad sin hache

Buenos Aires dormía, supongo que como ahora, aunque era una noche de octubre del año 1844. Quizá dormía más profundamente que ahora, o fingía dormir, como el niño que, a la intimación de *duérmase usted*, cierra los ojos, viendo que le apagan la luz y lo dejan a oscuras. No se oía, como ahora, en lontananza, el ruido sordo del coche que anda Dios sabe en qué. En aquel entonces, el silencio sepulcral de ciertas horas era sólo interrumpido por el canto destemplado de los serenos, los cuales repetían las horas y las medias al unísono del vetusto reloj del Cabildo, haciendo constar si llovía o no, si el tiempo estaba o no sereno, y otras circunstancias poco consoladoras, por cierto, que preferimos apartar de la memoria y que otros preferirán más que yo, por la misma razón que Cervantes no quería recordar el lugar de la Mancha donde había nacido su famoso hidalgo.

Serían, así, como las tres de la mañana, cuando en una pieza, a la calle, del viejo Hotel del Globo, que estaba entonces no donde ahora se encuentra el nuevo, pero sí en la misma calle, entre Cangallo y Piedad, conversaban dos personas de aquesta manera, poco más o menos:

—¿Qué diablos haces, Miguel?

—Voy a salir.

—Pero, hombre, ¿a esta hora?

—Sí... no puedo dormir; necesito tranquilizar mi conciencia.

—¡Oh!... déjate de pamplinas.

—¡Ah, Santiago, tú crees que los hombres se deshonran, sólo porque matan o porque roban!

—Y... ¿qué hay?

—Más tarde lo sabrás; nada temas, voy a salir. Espérame; nada me sucederá. -Y esto diciendo, nuestro hombre salió, dejando no poco perplejo a su compañero de hotel.

¿Y quiénes eran ellos? Antes de proseguir lo diremos, aunque todo el mundo pueda llamarse Santiago y Miguel.

Santiago era el padre de Santiaguito Arcos, el eximio pintor que todos los argentinos de algún fuste que van a París no dejan de conocer; Santiago fue más tarde el amigo íntimo de Sarmiento, el que con él viajó por los Estados Unidos; en una palabra, el hombre más amable, más interesante, más alegre de la Tierra (tanto que se casó dos veces) y del cual habría podido augurarse todo, menos su triste fin: murió suicidado en medio de un aparente ajuar de felicidad, arrojándose al Sena.

Tenía un cáncer en la lengua y consumó el acto más difícil de explicar, porque ¿quién puede afirmar si es valor o cobardía, decirse uno y probarlo: "Yo puedo poner fin a mi existencia física", y eliminarse, en efecto, de la estadística de los vivos para hacerse computar entre los muertos, dejándoles a los primeros, con un tristísimo recuerdo, la solución del eterno problema, *to be or not to be*?

Y Miguel, ¿quién era?... ¿Miguel? Este Miguel a secas, era nada menos que Miguel de los Santos Álvarez, el íntimo amigo de Espronceda, el autor de la *Protección de un Sastre*, y el cual cantaba, en sus primeras mocedades, dirigiéndose a María:

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
 Como de Dios, al fin, obra maestra,
 por todas partes de delicias lleno,
 de que Dios ama al hombre hermosa muestra;
 salga la voz alegre de mi seno
 a celebrar esta vivienda nuestra;
 ¡Paz a los hombres! ¡gloria en las alturas!
 ¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Ustedes no han de tener la memoria fresca (*ustedes*, es el lector). Ustedes han de conocer más a Espronceda que a Miguel de los Santos Álvarez; y entonces es el caso de recordar que Espronceda, refiriéndose a él, cantaba a su vez lo que sigue, verdad indiscutible, según mi sentir: